

PRECIOS

MADRID

Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses..	38 rs.
Un año.	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Pues señor, se ha armado gran escándalo porque el ministro de Hacienda pretende imponer el 18 por 100 al papel de la deuda del Estado, interior y exterior, sobre todo porque lo impone, obrando justísimamente, al exterior, cosa que no conviene á los agiotistas y usureros.

Yo, que no hago oposicion sistemática, tengo que decir que el Sr. Angulo, ministro de Hacienda, hace bien en lo que intenta y debe persistir en su propósito, sin que le importen las alharacas de zorrillistas, demócratas y republicanos, que chillan porque han comprado papel ahora que está baratito, ó por ver si consiguen derribar al gobierno con ese pretexto; ni le importen más tampoco las amenazas ridículas de los periódicos extranjeros.

Seria mejor que todos tuviésemos la casa llena de monedas de cinco duros, pero como los tiempos son malos y grande la penuria y triste el estado de la Hacienda, entiendo que no debe haber privilegio para nadie, y á todos debe alcanzar la influencia de las circunstancias.

Si no hubiera necesidad de descontar nada á nadie, estaria yo muy contento y daria la enhorabuena á los egoístas que tienen su capitalito en papel del Estado y viven de su rentita, y no les envidiaría su buena suerte,

pero llegado el caso de que todos hagan sacrificios para mejorar en lo posible el estado de la Hacienda, no sé por qué ha haber excepciones.

Me gusta á mi la lógica de los tenedores de deuda exterior. Ellos cobran puntualmente, mientras que los demas tienen que esperar meses y trimestres y semestres despues del vencimiento para cobrar, y ahora que se les iguala á los demas en el descuento, ponen el grito en el cielo.

Todo el mundo sufre el peso de la gravedad del estado financiero del país, pero especialmente el pobre, el pobre que no tiene papel del Estado, que paga á un precio exorbitante el pan y demas artículos de consumo, y se ve precisado á vivir con mil privaciones.

El pobre empleado de corto sueldo, el infeliz cesante que recibe una miseria para no morir de hambre, habrán de sufrir el 12 por 100 de descuento, sin quejarse, ¿y ha de venir alborotando el opulento banquero que se pasea en coche por los bulevares de Paris, y se gana en una jugada un dineral, porque le obligan á un descuento igual al que sufrirán los pequeños rentistas de España?...

Pues, qué, ¿es de mejor condicion ese ricacho que el desventurado maestro de escuela, que el triste cura de

aldea, que el benemérito retirado, que la hambrienta viuda, que en muchos pueblos de España no cobran su legítimo haber hace meses y años acaso?...

¿Es más digno de consideracion que el industrial, que el comerciante, abrumados de contribuciones, y que no sacan á su capital, ni con mucho, la renta que le habrian sacado empleándolo en papel exterior, por ejemplo?...

España está, por culpa de los políticos y de los indiferentes y egoístas, á la cuarta pregunta, y necesita arreglar sus gastos. Mejor es descontar el 18 por 100 que dejar de pagar, y esto último es lo que sucederia si no se tomasen medidas extraordinarias, justificadas por la absoluta necesidad.

¿Se impone el 12 por 100 á los maestros de escuela, y no se ha de imponer nada á los tenedores de la deuda exterior!... Vaya, caballeros, que me hacen Vds. muchísima gracia.

Pues ¿y el patriotismo de los politiquillos que toman ese pretexto para hacer la oposicion al ministro?... ¿Qué patriotismo ni qué ocho cuartos! Aquí no hay más patriotismo que San Estómago bendito... ¡Los radicales y republicanos tomando á su cargo la causa de los capitalistas que tienen deuda exterior!... Cada dia veo más clara la grosera farsa de la política.

abandonaba bruscamente. Por la tarde se paseaban juntos por el parque, unas veces en silencio, y otras cambiando algunas palabras. Blanca soñaba con Urbano, y Villebelle, satisfecho al verse junto á la jóven, no habia formado todavia ningun criminal designio.

Al cabo de algunos dias, llegó al castillo un correo de Paris que llevaba al marques la noticia de que su tio estaba gravemente enfermo y deseaba verlo ántes de morir. Villebelle era el único heredero de aquel pariente, que era muy rico, y no podia excusarse de ningun modo de ir á verle; por lo tanto, se decidió, aunque no sin gran sentimiento, á separarse de Blanca por algunos dias. Se llevó á German, pero los criados que dejaba en el castillo habian recibido instrucciones suyas y estaba seguro de que su prisionera no se le escaparia; por otra parte, nada anunciaba en Blanca que tuviera proyectos de escaparse.

El marques no juzgó conveniente prevenir á la jóven de su partida, y más enamorado que nunca, abandonó el castillo, prometiéndose volver lo más pronto que le fuera posible.

CAPITULO XXV.

El encuentro.—Plan de venganza.

Hemos dejado á Urbano dispuesto á sentarse sobre una piedra, y detenido por los gritos de un hombre que se hallaba tendido en aquel sitio, y que el jóven bachiller no habia visto. Á las primeras palabras que ha pronunciado este individuo, habrán reconocido nuestros lectores á Chaudoreille, que no se habia movido del sitio en que lo dejaron los ladrones.

Urbano hizo un movimiento de sorpresa, pero incapaz de experimentar la más pequeña sensacion de temor, se fué á sentar sobre la piedra al mismo tiempo que murmuraba:

—Dispensadme, caballero, no os habia visto.

Chaudoreille se incorporó un poco para ver á Urbano, y despues de examinarle se tranquilizó un tanto. Ademas, ¿qué podia temer ya? su traje valia muy poco para que pudiera excitar la codicia de los ladrones; es verdad que le habian dejado á Orlanda, pero sin duda comprendiendo lo poco peligrosa que era en sus manos.

—¡Diablo! exclamó nuestro caballero, ¿me habeis despertado, y á fe mia



se arrojó á sus piés, al mismo tiempo que murmuraba con voz entrecortada por las lágrimas:

—Señor, ¿qué os he hecho para que me castigéis así?... Si he cometido alguna falta, perdonadme, yo os lo suplico... pero no me separéis de Urbano.

—¡Alzaos! dijo Villebelle, que sin querer cedia á la emocion que experimentaba. No, no sois culpable, hermosa Blanca; ¡yo... yo solo lo soy!... Sí, soy un monstruo en hacer correr vuestras lágrimas... ¡Ah! ¿por qué os habré conocido?... ¿Por qué sereis tan hermosa?...

—¿Hay acaso, señor, derecho para encerrar á las que son bonitas?... Os deben castigar, y os castigarán por tenerme prisionera en vuestro castillo, porque eso debe estar prohibido. ¿Les está permitido á los grandes señores atormentar así á los que no lo son?... ¡Oh, Dios mio!... ¡Y el talisman de Margarita que debia librarme de todos los peligros!... ¡Pobre Margarita!... ¡Si tú supieras lo desgraciada que soy!

El marques, al contemplar á Blanca, no tuvo fuerza para resistir á sus lágrimas.

—Pues, bien, dijo al fin, aproximándose á la jóven; ya que es verdad que me aborreceis... ya que no soy para vos más que un objeto de horror...

—¡Yo no os aborrezco! dijo la hermosa jóven, fijando sus miradas en el marques. ¡Oh! ¡no, no lo creais!... A pesar de todas las penas que me causais, yo no sé cómo es, pero siento que tendria un placer en perdonaros... casi creo que os llegaria á querer...

—¿Que me llegarais á querer, hermosa niña! exclamó el marqués, á quien aquellas palabras habian llenado de felicidad. ¡Oh, cielos!... continuó Villebelle. ¡Será verdad! ¡Y yo que iba á consentir en separarme de vos!... ¡No, no, jamas!... ¡Antes morir que perderos!... ¡Me habeis hecho soñar una felicidad cuyo solo pensamiento conmueve todo mi sér!... ¡Oh! ¡Blanca, Blanca! ¡Yo haré todo lo que deseais por poder alcanzar vuestro amor! ¡Nunca, nunca renunciaré á la dulce esperanza de ser amado por vos!... ¡Jamás!... ¡Y ahora me alejo por no ver correr esas lágrimas que me hacen odiar mi amor!

Y Villebelle salió precipitadamente de la habitacion de Blanca, mientras ésta le veia alejarse llena de sorpresa, sin comprender los trasportes del marques. Ella estaba lejos de creer que se habia encadenado más y más al demostrarle al marques que quizás llegaria á experimentar por él alguna

Espero que el Sr. Angulo, que, aunque poco político, y por esto mismo, me parece un hombre formal, no cederá á presión alguna, venga de donde venga; y caerá, si le urden una celada, pero caerá con honra, y se podrá decir de su caída: «Los politiquillos le hicieron caer del ministerio, porque manifestó propósitos de acometer con valentía y dignidad el arreglo de la Hacienda.»

Con que Sr. Angulo, lo dicho dicho y los puntos negros al corral.

Estos días varios periódicos se han coaligado para combatir el *filibusterismo* y *La Internacional*. Como no se trataba de alguna suscripción en que hubiera que dar dinero, no se han acordado de EL CASCABEL, y han hecho bien, porque para combatir esas dos calamidades, no necesito yo coaligarme con nadie. Yo abomino el filibusterismo tanto como todo español decente y honrado, y en cuanto á *La Internacional*, no diré que abomino á los internacionalistas, porque estos en su mayoría son pobres obreros, dignos de toda consideración, miserablemente engañados por los que los quieren hacer escabel de su encumbramiento y carne de cañón, pero si procuro con mis escritos hacerlos ver que nada van ganando obedeciendo extrañas sugerencias.

Además, creo que si hay que combatir á *La Internacional* de chaqueta, todavía debe combatirse con más energía á *La Internacional* de levita, es decir, á la masonería política, compuesta de ambiciosos sin méritos, y que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Estos son los que dan ocasión á que crezca *La Internacional*, y á que nos sucedan todas las desgracias, y con ellos no habrá nunca sosiego, trabajo, ni dinero. Me parece que me explico.

Abominable es la tarea de los consejeros de los pobres obreros; abominable, porque quieren matar en ellos el dulcísimo sentimiento de la familia, el supremo consuelo de la religión, porque los engañan y los hacen desgraciados; pero abominable es también la ambición política de tantos perturbadores del país, de tantos aspirantes á personajes, que no tienen más mérito que la poca aprensión.

Ocupe cada cual su puesto; sea honrado y venerado el sabio, premiado el laborioso, estimulado y protegido el trabajo, socorrido y atendido el pobre verdaderamente pobre, no el holgazán; cumpla, en fin, cada cual con su

deber, y haya justicia y haya probidad y conciencia arriba y abajo, y entonces si que se habrá dado un golpe mortal á *La Internacional*.

En acabando la cuestión de *La Internacional*, en la que han hablado por los codos los primeros espadas de todas las cuadrillas, con gran aplauso de sus respectivos correspondientes banderilleros, vendrá la cuestión del *Banco de París*.

¡Y que no tiene este *Banquito* defensores en la prensa! ¿No reparan Vds. cuántos sueltitos ponen los periódicos en su favor, y cómo los copian unos de otros?...

En fin, como ellos dicen, todo se arreglará sin que padezcan los intereses del Estado y quedando bien con el *Banquito de París*.

Total: que el *Banco de París* hará su negocio, y el contribuyente paga.

Anda, tonto contribuyente, paga, paga el pato; paga los errores de los ministritos, y además dales á cada uno 30.000 rs. de cesantía, es decir, á Figuerola 40.000, que bien los merece el pobre por los muchos favores que ha hecho al país. ¡Vaya! ¡Sólo por el honor que nos ha proporcionado de conocer al *Banco de París*!...

Hoy no soy más largo, como que no soy hombre político. Ellos sí que son largos, y alcanzan largo, y ven largo, y no se van largo de aquí, que era lo conveniente.

Pásenlo Vds. bien, y que no haya novedad.

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuación.)

—No deje V. de avisarme.

—Pierda V. cuidado. Voy á mi cuarto, no se impacienta mi esposa.

—Yo también voy á salir á ver este Sitio despacio.

—Pues hasta mañana.

—Adios, Tenerife.

Acompañé hasta la puerta á mi amigo, y al mismo tiempo subian la escalera de la fonda Patricio y su costilla Felipa.

—No he podido encontrar al conde, pero yo daré con

él; y en cuanto á ti, esposa infiel, tiembla, le decia Patricio á su mujer.

—Pero, Patricio, no seas de esa conformidad, añadia Felipa.

—Por de pronto, no volverás á aquella casa. Nos quedaremos en esta fonda.

—Me alegro, de verdad.

—Te alegres ó no, aquí te quedas. Y mañana vendrás conmigo á casa de Doña Clara, la de Campeador, que está aquí.

—También me alegro, porque era una tontería que no *haciésemos* las enemistades con esa familia.

—No es por eso, sino porque allí creo encontrar al conde; y vendrás conmigo, porque no te quiero perder de vista.

—Lo que quieras, hombre; yo soy tu *escrava*, y bien puede ser que no *haiga* tres como yo, aunque me esté mal el decirlo.

En este momento cruzaron por nuestro lado, conducidos por un camarero. Patricio miró furioso á Tenerife, me saludó ligeramente y se perdieron de vista.

—¿Lo ve V.? me dijo Tenerife; ya ha hecho efecto mi anónimo. Se viene aquí por no vivir en la misma casa del conde, y ya ha oído V. que mañana irán á casa de Doña Clara.

—Creo que nos vamos á divertir.

—Opino lo mismo... Ay, V. dispense; son muchos nervios los míos, concluyó Tenerife, dándome un empujón contra la pared, al querer estrecharme la mano.

—Vaya V. con Dios.

Vamos, pues, á asistir á casa de Doña Clara.

Pero antes permitan mis lectores al autor que salga á estirar un poco las piernas por este real Sitio y que apunte sus impresiones, para conocimiento de los que no han estado por aquí.

XVI.

Carta-paréntesis.

Sr. D. Federico Moja y Bolívar.

Madrid.

(Sobre de la carta.)

(El autor aprovecha un momento para visitar el real Sitio de San Ildefonso. Anda mucho, recoge impresiones variadas, y, rendido de fatiga, vuelve á la fonda y es-

amistad. Su corazón no sabía fingir; además, los sentimientos que creía llegar á experimentar por el marques eran muy diferentes del amor que sentía por Urbano, y por lo tanto, no veía ningún mal en manifestárselos. Pero Villebelle no sabía leer en su ingenuo corazón; se figuró que la hermosa joven no estaba muy lejos de participar de su amor, y no dudaba que al fin podría hacerla olvidar á Urbano.

El día pasó sin que el marques volviera á las habitaciones de Blanca; esta, por su parte, se esforzaba en recobrar su valor, no pudiéndose persuadir de que el marques tuviera intención de tenerla prisionera, y se encomendaba á todos los santos para que abreviaran su estancia en el castillo.

Al medio día, Blanca preguntó á María por dónde se iba al parque, y la aldeana se apresuró á conducirla hasta la entrada de él, y allí la dejó sola, después de hacerle una profunda reverencia. La aldeana, á pesar de su aire sencillo, había comprendido que su señor estaba enamorado de la hermosa joven, y notando los enrojecidos ojos y los tristes suspiros de Blanca, murmuró al abandonarla:

—¡A fé mía, que si el señor marques se enamorara de mí, no lloraría, sino todo lo contrario!

Cuando se encontró Blanca sola en el parque, se puso á reflexionar en su situación; no se le ocurría la idea de escaparse del castillo para recobrar su libertad, porque no conociendo los caminos, como no los conocía, y no sabiendo en qué país se encontraba, ni á qué distancia de París, comprendía que era imposible alejarse sin caer enseguida en poder del marques. Blanca se resignaba, por tanto, á esperar que la devolviera á su amante, porque no se figuraba que el marques quisiera tenerla siempre prisionera, ni comprendía los peligros que corría en el castillo.

Informado Villebelle de que Blanca se encontraba en el parque, no tardó en irse á reunir con ella; la hermosa joven, á pesar de la tristeza que se retrataba en su semblante, le recibió casi con la sonrisa en los labios, y habló con él de los objetos que les rodeaban con la dulzura y la gracia que le era habitual.

Esta conducta le parecía al marques tan extraordinaria, que contemplaba á Blanca con tanta sorpresa como amor. Sin embargo, sentía un respeto profundo hacia ella, y no se atrevía á hablarla de su amor, sin comprender el por qué una niña le imponía de aquella manera, y muchas veces se quedaba silencioso y pensativo, al mismo tiempo que paseaba á su lado.

Al otro día llevó María al departamento de Blanca todos los objetos que German había llevado de París; una infinidad de esos mil objetos que tanto gustan á una mujer. La aldeana se quedaba estasiada delante de cada objeto, mientras que Blanca apenas fijaba su atención en aquellos ricos y seductores presentes.

El marques fué después á ver á su prisionera, y observó que ni siquiera había tocado á sus regalos.

—¿Despreciais lo que he tenido el placer de regalaros? preguntó Villebelle á Blanca.

—No quiero nada de eso, respondió la hermosa joven; para agradar á Urbano no necesito de nada de eso. ¿Qué diría si me viera con todas esas cosas?

—¡Siempre Urbano!... ¿No os he dicho, señorita que no le volveréis á ver más?...

—Sí, pero no creía que fuérais tan malo como aparentais. ¿De qué os servirá hacerme morir de pena?...

—Blanca, vos misma me habeis dicho que no estais muy distante de amarme...

—En efecto, y os lo repito... cerca de Urbano y de vos sería muy feliz.

—¿Y no podré esperar que á fuerza de cuidados y de ternura os olvidéis del primero, y yo solamente ocupe vuestro corazón?

—¡Oh! no me comprendéis; yo amo á Urbano como á mi prometido, como á mi esposo... y á vos... á vos me parece que os llamaría con mucho gusto ó mi hermano... ó mi padre...

Esta respuesta no satisfizo á Villebelle, pero se calló porque lo esperaba todo del tiempo, de la constancia y de sus cuidados. Por la tarde se dirigió de nuevo Blanca al parque, á donde fué á buscarla el marques. Se paseaba con ella, y á cada momento aumentaba más y más el amor que sentía hacia la hermosa joven.

El marques no se reconocía; él, el seductor que había triunfado de las más rebeldes hermosuras, se había vuelto tímido junto á una niña que no tenía más defensa que su virtud.

Doce días hacía que Blanca estaba en el castillo, y no se había operado ningún cambio en su situación. Todas las mañanas iba el marques á verla, y ella, cediendo á la pena que experimentaba al verse separada del hombre que amaba, dejaba correr sus lágrimas. Entonces el marques la

cribe la siguiente carta á un amigo suyo. Esta carta pueden leerla sin reparo los lectores de esta novelita, y así se formarán una idea, ó diez ó doce, de lo que es el Sitio.)

«Querido Federico:

¿Te acuerdas? Hace muy pocas noches tú y yo estábamos tomando el fresco (¡valiente fresco!) en el concurrido jardín del Buen Retiro. Aplaudimos á Bottesini, que hacía hablar á un contrabajo, y juntos por esas frondosas alamedas, oyendo murmurar á nuestro lado de Tulanita ó Menganita, códeándonos con los flamantes personajes (*sic*) de la situación, viendo mucha cara bonita y muchos pollos insustanciales (de esos que á ti y á mí nos producen dolor de estómago), hablábamos de las excursiones veraniegas y de la necesidad de salir de Madrid para no vernos en el caso de hacer liquidación general de nuestros cuerpos.

Ya te acordarás de lo que opinábamos sobre este punto. Tú me envidiabas porque iba á salir de ese tostadero, y sobre todo porque iba á espaciar el alma bajo otro cielo más puro que el de Madrid, á vivir la vida del campo, á olvidarme de la existencia de grandes ciudades, á presenciar los grandes espectáculos de la naturaleza, á vegetar, en fin, lejos del mundo de la farsa y de la política, á no escribir más artículos de fondo, á no ver más que árboles y agua, y flores, y humildes casas y sencillas gentes.

Yo estaba conforme contigo, respecto á lo de que en esa no se podía vivir de calor, pero me estremecía al pensar en la soledad de los campos, en lo aburrida que debía ser la vida en cualquiera parte que no fuera Madrid, y te dije que no podría abandonar fácilmente esos paseos y esas calles, siempre tan alegres y tan concurridas, ni podría olvidarme de esas deliciosas noches del Buen Retiro, de Recoletos y del Prado, ni cambiaría, si á ello no me obligase el calor inaguantable, que abusa entre vosotros de las facultades que le concede el *estío* (*es tío* y basta), ninguno de los espectáculos de la naturaleza, por un concierto de Bottesini ó un baile fantástico en el Circo de Rivas.

Tú me describías, para animarme, una de tus excursiones á las montañas de Santander, y por más que lo hiciste con aquella poesía de que sabes impregnar tus escritos, y aquella florida imaginación de que has dado buena prueba en tu libro *Alegorías*, no me di por vencido y continué afirmando que me iba á aburrir soberanamente.

Esto pasaba hace poco. Creo que estábamos á 30 de Junio.

A las pocas noches me despedí de ti, yendo contigo en uno de los coches del *tramvia*, donde encontré aquella carta que juntos comentamos y que me decidió á dirigir el rumbo de mi viaje á este real Sitio, y á escribir esta novelita con lo que la carta y aquella pareja de enamorados pudieran dar de sí. Ya ves que he cumplido mi palabra y ya te habrás enterado, si has leído lo que precede, de lo que me va ocurriendo y de lo que se va complicando la cosa. Por cierto que aún no he hallado á la *Trinidad* que firmaba la epístola que tanto nos dió que hablar y que reír.

Pero, volviendo á mi tema, me despedí de ti persuadido de que iba á aburrirme, y de que, recordando entre estas montañas la vida inquieta, siempre nueva y llena de emociones que ofrece la novísima corte de España, había de repetir muchas veces aquella copla popular, tan bonita como cierta, que dice:

De las potencias del alma
la memoria es la cruel,
pues me causa el mayor mal
recordando el mayor bien.

Tú te quedaste en esa, obligado por tus perentorias ocupaciones, y aún creo que me siguen envidiando.

Pues bien, amigo mio, ¿me querrás creer si te digo que ya soy enteramente de tu opinión?

Sé que me vas á llamar voluble y coqueton porque tan pronto olvido á Madrid y me dedico á hacer el amor á este Sitio, que me tiene completamente cautivado; pero digas lo que quieras, y aunque te ocurra tacharme de antojadizo ó impresionable, es lo cierto que aquí me encuentro muy bien, muy retembien, que el alma parece que es feliz por la primera vez en la vida, que tenias razón al afirmar que nunca se está solo, ni en medio de un valle desierto, cuando se tiene corazón para sentir.

¡Sobre que me estás dando una lástima atroz al pensar lo mucho que aquí gozarías contemplando este pedazo de cielo tan diáfano, tan alegre, que me parece el sétimo cielo, ó por lo ménos un cielo que no tiene nada que ver á los demas, porque hasta creo que está hecho de otra

manera! ¡Qué cielo, Federico! No digas que has visto el cielo en Madrid. Ahí no se le puede ver, á fuerza de empañarlo con las capas de atmósfera casi palpables en que lo embozan.

Pero observo que se me ha ido el santo al cielo.

Decía que me retracto de todo lo que te dije al despedirme de ti y aún de lo que escribí en Villalva (capítulo IV de esta novela), lamentándome de salir de la corte, porque conozco que soy otro, que no había vivido de veras hasta ahora, puesto que aquí se me figura que la vida en vez de *gastarse se cobra*, y se cobra á *tocateja*, á la vista, como dicen los editores; que me siento feliz contemplando un paisaje (los hay á montones), pisando to-millo, respirando á gusto y esparciendo el espíritu en mil *reveries*.

(Se continuará.)

LOS SALVAJES.

IMPRESIONES DE UN VIAJERO.

Habiendo leído cuando niño muchas historias de salvajes, antropófagos, caníbales y otros animales, únicos libros que había en casa de un tío con quien me crié, y que había sido marino, y por consiguiente gran viajero, entróme á mí también gran comazon de viajar y de estudiar á los supradichos salvajes y conocer sus costumbres, y tanto se arraigó en mí ese afán, que apenas me quedé solo en el mundo, por muerte de mi tío, llena la cabeza de libros de caballerías, digo de salvajes, me propuse realizar mi deseo, y desde el pueblo donde nací y pasé mi juventud me dirigí á las apartadas regiones, á ver á los señores salvajes. De loco me calificaron cuantos supieron mi intento, y todos se despidieron de mí convencidos de que yo no volvería, de que frito, ó asado, ó aderezado con aceite, vinagre y unos ajitos, me comerían los primeros salvajes que me encontraran.

Partí lleno de entusiasmo, sin hacer el menor caso de tan terribles augurios, y navegando navegando, llegué á una isla, donde me quedé, cual otro Robinson. No tardé en hallar salvajes; estaban llenos de plumas, vamos, muy decentitos, y hubieran podido cantar un coro en el teatro Real. El que parecía jefe llegóse á mí, y me saludó muy fino en frances.

Figúrense Vds. mi desencanto al hallarme con un salvaje que me decía: *Monsieur, je suis tout á votre service*. ¡Era un francés salvaje! Huido de su país, donde le iban á guillotinar por revolucionario, había llegado á aquella isla y héchose dueño de la situación y rey de la comarca. En su país era republicano rojo, socialista, y en su nuevo reino era monárquico, como que era el monarca, absoluto y déspota. ¡Si sería liberal cuando mandó empalar á un salvaje que al pasar yo no me saludó!... Y eso sí, tenía el reino como una balsa de aceite, y allí nadie se desmandaba más que él. Aquellos salvajes eran demasiado civilizados para mí; no eran los que yo buscaba.

Internéme en los bosques, crucé valles y llanuras, subí montañas, y al fin dí con otra clase de salvajes. Eran horribles, pero decentes, porque llevaban cubiertas las piernas con pieles de no sé qué animales, y todo el pecho lo tenían muy bien pintadito al óleo. Las señoras llevaban una especie de abanico en la cabeza, y en cada pantorrilla una borlita de no sé qué yerba. Dos de aquellas señoras en un palco del teatro Real hubieran hecho un gran efecto.

Aquellos eran más salvajes, y en cuanto me vieron hicieron grandes aspavientos y dieron grandes voces y me siguieron, lo mismo exactamente que haríamos nosotros si una tarde se presentase un salvaje en la Carrera de San Jerónimo. El rey de aquella horda, que era sumamente arrimado á la cola, me acometió al verme, y me hubiera partido con su maza, si yo no le hubiera soplado un tiro de revólver en medio de la barriga, con el cual no le partí, pero le dejé seco. ¡Crean Vds. que ya se atrevió conmigo ningún salvaje!... ¡Cá! Todos cayeron de rodillas, cantando un coro que ya lo quisiera Arderius en una zarzuela bufa, y me consideraron un sér sobrenatural porque había escabechado á su rey, á quien hasta entonces habían creído ellos inmortal. Allí estuve algunos días sin que ninguno se metiera conmigo; como que en cuanto alguno me veía se tiraba al suelo lleno de miedo, y hubiera querido hundirse siete estados bajo tierra.

Quise hacer el amor á algunas de aquellas señoras. ¡Que si quieres! Huían de mí, y aunque las llamaba hermosas, salerosas y arrastradas, ninguna se detenía á oír mis requiebros, lo cual me probó su honestidad, su modestia, su verdadero candor. Crean Vds. que aquellas

señoras no engañaban á sus maridos, ni abandonaban á sus hijos, y, en fin, allí no había memoria de que hubiese habido nunca el menor pronunciamiento, ni siquiera se había establecido una sociedad de crédito, y estoy seguro de que nadie hubiera hecho allí caso de un discurso de Ruiz Zorrilla.

Todavía quería ver más, y despues de largos viajes, en que sólo encontré algunas fieras, no tan fieras como las que uno se encuentra en París, en Berlin, en Lóndres ó en Madrid, hallé una tribu de salvajes muy brutos. Iban en cueros, así como sueña, y tenían todo el cuerpo lleno de pelos larguísimos, bien que esto era á consecuencia de que se había generalizado allí el uso del *Accite de bellotas*, único producto que la civilización había podido llevar á aquel endemoniado país. También me recibieron con gritos y amenazas, pero dió la casualidad de que el primero que se me acercó, uno gordo, al dar un brinco para trincarme, cayó muerto de repente, sin duda porque se le rompió un aneurisma, que también eso sucede entre salvajes, y aquella gentuza creyó que la desgracia había sucedido porque yo tenía ese privilegio de tumbar á cualquiera con sólo mirarle. Ellos eran antropófagos, y el mismo día que llegué yo vi á una respetable familia roer los huesos de su abuelito, que lo habían despachado porque ya no les servía de nada, pero lo que es á mí no me hincaron el diente, porque decían que, si al verme sólo se había muerto uno de ellos, el más animal, de repente, ¿qué le sucedería al que probase un bocado mio?... Los salvajes, eso sí, tienen su lógica también. Y también tienen justicia, un poco severa en demasía, pero justicia patente; allí ví cortar la cabeza á una señora salvaje casada con uno de los principales personajes, sin tener otro delito, la pobre, que haber estado paseando con un salvaje soltero en un sitio apartado. La pobre sirvió de escarmiento á todas las casadas, que fueron á presenciar su suplicio; y al salvajito con quien la víctima se paseaba se lo comieron en pepitoria, en un banquete que se dió al esposo ofendido, ya viudo, en celebridad de aquel acontecimiento.

Otros muchos salvajes he visto en mis largos viajes, pero, á fuer de hombre de verdad, cúpleme decir que á los salvajes se les ha calumniado grandemente, en la seguridad de que ellos no habían de defenderse. Por regla general, los salvajes son unos infelices que se dejarían engañar por cualquier pillete de la puerta de Toledo. Hacen alguna atrocidad de cuando en cuando, pero no tan frecuentes ni tan gordas como las que hacemos los hombres civilizados. De vuelta de mi viaje he visto en Francia la última guerra, he visto la *Commune*; y francamente, los salvajes propiamente dichos, los salvajes de Asia y Africa se quedan muy por debajo de los salvajes de Europa, de los salvajes de las naciones más civilizadas, y no son capaces, ni en sueños, de tan grandes salvajadas.

Para concluir diré que en un mes que llevó en Madrid me han robado en la calle tres veces, me han pegado palos por equivocación otras tres, me han atropellado seis coches, me han estafado 6.000 rs., me han casi envenenado en un café, me han apedreado los chicos en las afueras, me han engañado tres novias y me han dado un dolor de cabeza que no se me quita los periódicos sagastistas y zorrillistas que he leído; en fin, desde que estoy en país civilizado me pasa lo que nunca me ha pasado entre salvajes, y empiezo á dudar si los salvajes son aquellos ó somos nosotros, los que nos llamamos hombres de la civilización.

De todos modos, he querido escribir estas líneas en desagravio de esa pobre gente tan calumniada y á la que hemos echado el sambenito del salvajismo; mientras nosotros hacemos por acá horrores que nunca pudieron ellos cometer ni imaginar siquiera.

Creáme Vds.: los salvajes en bruto, comparados con los salvajes pulidos y civilizados, son unos infelices, unos pobrecillos.

CASCABELES

Señor ministro de Fomento, ¿qué diablos hacen Vds. que no se ocupan en dar sepultura á los restos de los hombres célebres que en las bóvedas de San Francisco esperan la resurrección de la carne y la caída de los progresistas, que los sacaron sacrilegamente de sus tumbas?

¡A ver si se pierde algún hombre célebre!



El rey de Italia sigue enviando crucecitas á personajes de la situación. El hombre les ha conocido el flaco y les dá por el gusto, sobre que á él no le cuesta nada.

Y á propósito: ¿qué se supo de aquella agencia que envió circulares ofreciendo cruces á diversos precios?

Nada, no se ha vuelto á saber nada.

Proponemos ese punto para una suerte en el primer sábado que haya corrida en el Congreso.

Recibimos una carta de los Estados Unidos Colombianos en la que se nos asegura que los dos paquetes de pliegos de *Los Niños* enviados á Barcelona el 29 de Mayo no habian sido vistos en aquellas apartadas regiones. Se proyecta una expedición al polo para buscarlos.

De *San Cristóbal das Viñas* hemos recibido una carta sobre *La Internacional*. Estamos conformes con muchas de las ideas del ilustrado autor de la carta, y en el periódico verá que coincidimos con casi todas sus apreciaciones.

El alcalde de Béjar ha encontrado y puesto á disposición del juez á un sugeto á quien se supone complicado en la causa del asesinato del general Prim.

Pero, señor, ¿hay alguien que no esté complicado en esa causa?

Vayan Vds. al Circo á ver *Aventuras imperiales*; Matilde Díez, Catalina y Mariano Fernandez interpretan magistralmente sus papeles.

Pero ¿qué diablos pasa en la facultad de medicina?... Los estudiantes y los catedráticos parece que se ocupan en todo menos en lo que les interesa, que es la medicina.

Así sucede en todo; nadie atiende á lo que le corresponde, sino á aquello en que para nada tiene que meterse.

El día de Difuntos estaba en el cementerio cierta señora muy conocida, viuda del director de una sociedad de crédito, arrodillada delante del nicho donde reposan los restos mortales de aquel señor.

Y en su dolor exclamaba:

—¿Tú te llevaste mi tranquilidad, te llevaste mi felicidad, mi alegría, te llevaste toda mi ventura, todas mis esperanzas!...

—Señora, le interrumpió un caballero que estaba detrás de ella, diga V. que también se llevó 20.000 reales mios.

En un juzgado:

—¿Qué oficio tiene V.?

—Zapatero de portal, pero no trabajo.

—¿Por qué?

—Porque soy demasiado hombre de bien.

—Es singular que por eso se crea V. hombre de bien.

—Sí, señor juez, porque si trabajo alguna vez gano dinero, y si gano dinero lo gasto en beber en la taberna, y si bebo, pego á mi mujer y hago otras atrocidades, ¡y me tienen que traer aquí como si fuera un mal hombre. Por eso no quiero trabajar más, porque lo primero es ser hombre de bien.

Parece que los sagastistas y zorrillistas han resuelto no avenirse y continuar de monos.

¡Jesus! ¡qué penal! ¡Este es el fin del mundo! Todo lo hemos perdido.

Un nuevo libro ha publicado nuestro gran poeta Campoamor, bello, profundo, interesante como todos los suyos. Titúlase el nuevo libro *Los pequeños poemas*, y contiene cuatro de estos: *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas* y *Dulces cadenas*, llenos de ingenio, de tiernos pensamientos y de verdadera poesía.

Esta obrita merece ser leída por cuantos se precian de tener buen gusto literario.

Y con esto, y con decir que en nuestra Administración hay ejemplares á 8 rs., basta para que acudan ustedes á comprar *Los pequeños poemas*.

El *Almanaque de Los Niños* está destinado á un gran éxito. Es, sin disputa, el más bonito de cuantos se han publicado hasta el día. Tiene artículos y poesías de don Severo Catalina, de Hartzzenbusch, de Campoamor, de

Trueba, de Guerrero, de Santistéban, de Robledo, de Castilla, de Frontaura, una comedia para que la representen los niños esta Navidad, doce oraciones católicas para doce días señalados del año, por Arnao; gran número de grabados no publicados en *Los Niños*, y que no se publicarán, y una preciosa portada cromo-litografiada de gran mérito.

Y lo mejor es que este riquísimo *Almanaque* se regala á todo el que se suscriba á *Los Niños*.

Hemos tenido el gusto de admirar una preciosa obra de arte del conocido profesor de instrucción pública don Valentin María Mediero. Dicha obra es un retrato de don Fernando de Coburgo, dibujado á pluma con maestría tal, que parece una primorosa litografía. No hemos visto nada tan notable en su género. El Sr. Mediero marcha á Lisboa á presentar su trabajo á aquel príncipe, tan entusiasta por las artes y tan artista él mismo. Seguramente le agradará mucho la obra del Sr. Mediero.

Este distinguido profesor, á quien tanto debe la enseñanza, fué declarado cesante por los revolucionarios setembrinos, para quienes no hay otro mérito digno de premio que el de ser consecuente ó inconsecuente progresista.

Veo anunciada *Sopa farinosa celestial*, mejor que la *Revalenta*.

Es cosa de morir de risa.

¡Y que apenas gane para comer el que se dedica á escribir libros,

y se ponga las botas el que vende el *Aceite de bellotas con sávia de coquito equatorial*, ó *Sopa farinosa celestial!*

Por una mala inteligencia dijimos en el número anterior que se vendían los ejemplares de la edición de poesías de D. Francisco Camprodon hecha en la Habana. Los ejemplares que han venido á Madrid no son para la venta.

A propósito de la *Baraja geográfica* que está de venta en nuestra administración, dice el acreditado *Diario de Barcelona*:

«En la revista *Los Niños*, que con tanta aceptación publica en Madrid el distinguido literato D. Carlos Frontaura, se ha repartido á los suscritores el prospecto de una interesante Baraja geográfica de España, obra de don Francisco Lopez Fabra, segun de las iniciales del autor se desprende, persona muy competente para esta clase de trabajos. La tal baraja constituye un juego instructivo para los niños, puesto que cada naípe lleva grabados é iluminados los palos ó figuras que le corresponden y la carta geográfica de una de las provincias de España, con expresion de los nombres de las principales poblaciones, de la red de caminos de hierro, rios y algunos otros accidentes de menor importancia. En la parte superior tiene impreso el nombre de la provincia, y á continuación sus límites, rios más caudalosos, nombres de personajes célebres que en ella nacieron, sucesos de grande importancia histórica allí acaecidos, el número de habitantes que la pueblan, y su extension en kilómetros cuadrados. Con dicha baraja, combinada con planitos que se publicarán expresamente, se facilitará la instrucción geográfica de los niños en juegos entretenidos; este sistema se halla muy adoptado en las naciones extranjeras y en particular en Alemania, pues se consigue por sumedio instruir deleitando. Los suscritores á la revista *Los Niños* y á EL CASCABEL pueden obtener la Baraja geográfica por la mitad de precio, es decir por 6 reales en vez de 12, que es el precio ordinario.»

El número 13 de *Los Niños*, correspondiente al mes de Noviembre, contiene las materias siguientes: *Noviembre*, por Pascual.—*La higiene del alma*, por D. Juan Cancio Mena.—*Un cuento, abuelita*, (con viñeta).—*La ostra y los peregrinos*, fábula (con lámina grande), por Frontaura.—*Geometría de los niños* (continuación), por don E. Thuillier.—*El Viático en el campo*, por Arnao (con viñeta).—*La sal*, por D. W. Noel.—*La ciencia en la mano* (continuación).—*Bibliografía*.—Lámina de Padró.

Recomendamos á los padres de familia esta notable publicación, que de día en día adquiere mayor importancia.

En la casa de socorro del segundo distrito (Fuencarral, 69), que comprende los de Hospicio y Buenavista, se procederá á la inyección de la vacuna á los niños pobres, los días 16 y 24 de Noviembre, á las diez de la mañana.

Con gusto hemos sabido que no ha sido el actual ministro de Gracia y Justicia quien ha dejado cesante á un empleado de aquella secretaría, que llevaba veintinueve años de servicios en el mismo departamento.

El autor de la *gracia sin justicia*, fué el radical señor Montero Rios.

Conste.

Señoras y señoritas, señores y señoritos, no dejen ustedes de visitar los escaparates de nuestro antiguo vecino de la plaza de Celenque y calle del Arenal, Sr. Torre. Allí hay un surtido de abanicos y sombrillas, de paraguas y bastones, que no se encuentra igual en ninguna parte.

Las personas de buen gusto deben acudir á surtirse en esa casa, donde son buenisima la calidad, pasmosa la cantidad y excesivamente módico el precio.

Y no digo más.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administración, plaza de Matute, 2.

TINTURA-PADRÓ

PARA TENER EL PELO SIN MANCHAR EL CÚTIS, DESDE EL RUBIO AL NEGRO AZABACHE.

La operación es sumamente sencilla. Quince años de éxito infalible, son la mejor garantía para el público.—Caja, 48 reales.—Farmacias de Ulzurrun, Sanchez-Ocana, Moreno Miquel, Rodriguez Hernandez, Simon, Just, etc. etc.—P.

LA ESTAFETA DE PALACIO,

HISTORIA DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II,

POR

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

El tributo repetido y consecuente que consagra la prensa de todos los matices de Madrid y de provincias á la obra que anunciamos, y el haber tenido que reimprimir los primeros cuadernos de esta interesante publicación, demuestran que no es una empresa vulgar lo que hemos emprendido. Próxima á terminarse el primer tomo, que ha de constar de unas 800 páginas, ponemos este anuncio á fin de que los que se interesen en la lectura de esta obra tan copiosa en datos ignorados, y tan notable por sus detalles y su forma la adquieran.

Se publica por cuadernos semanales con láminas al precio de 2 rs. en toda España, y se admiten suscripciones en Madrid en la administración, calle de la Cabeza, núm. 27, ó dirigiéndose por el correo interior. En provincias, en las principales librerías, ó dirigiéndose directamente á su editor por medio de libranzas ó sellos de franqueo.

Cok del gas, 12 reales quintal; carbon de encina, 20 idem; peso exacto. Farmacia, 1, y tahona de las Descalzas, 6.

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora es de balde, porque de balde es dar por un real cuatro ó ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinero*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cuestan un real.

Cuatro schotischs: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *El dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perla* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habaneras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El serenito*, *¡Uf qué sofoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cuestan un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chipi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real.

Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano.

Se venden en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2.

Á LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion. Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada 15, segundo derecha. —1

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,

remedio seguro para todos los que padecen de

catarrros, ronqueras, bronquitis, asma y demas afecciones de pecho agudas ó crónicas, facilitando en todos estos casos la expectoracion.

Es el medicamento más cómodo y agradable que se conoce, y sus resultados son tan positivos, que á las primeras tomas el enfermo siente ya un gran alivio que le sorprende y anima.

Vale 8 rs. caja en toda España.

Depósito central, Farmacia del Dr. Andreu, Barcelona.—En Madrid, el doctor Simon.—Sevilla, Lopez Blesa.—Valencia, Dr. Aliño.—Zaragoza, Miret.—Valladolid, Ramon H. Huerta.—Pamplona, Dr. Gil y Colmenares.—Logroño, Zardoya.—Málaga, Prolongo.—Córdoba, Cerrillo.—Cádiz, Farmacia de las Colonias.—Jerez, Ortega.—Bilbao, Pinedo.—Cartagena, Rizo.—Santander, Marañon.—Sanjago, Blanco Navarrete.—La Coruña, Villar.—Vigo, Fernandez Varela.—Ferrol, Galan.—Gijon, Rodriguez San Pedro.—Ciudad-Real, Obon.—Alicante, Bellido.—Las Palmas (Canarias), Alsina.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Alcoy, Giner.—Barbastro, Cayero.—Ubeda, D. José de la Peña.—Murcia, Quegles.—Castellon, Fabregat.—Palencia, Fuentes é hijo.—Almería, Lopez.—Palma de Mallorca, Bestar.—Mahon, Sintas.—Ibiza Cardona y demas principales Farmacias de España. Véanse los anuncios

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)